

Anthony Clifford Grayling, *War. An Enquiry*.
Totton: Yale University Press, 2018, 268 p.

Anthony C. Grayling, pensador británico nacido en lo que hoy en día es Zambia, multifacético y cultivador de la historia de las ideas, la biografía, la ética y otras áreas, entrega con *War. An Enquiry* un texto que forma parte de una colección publicada por la Universidad de Yale denominada “Vices and Virtues”. Esta colección consta, hasta este momento, de tres textos, los otros dos títulos son: *Anger. The Conflicted History of an Emotion*, de Barbara H. Rosenwein, y *Friendship*, también de Grayling. “Vices and Virtues” consiste en obras que reflexionan alrededor de la historia de las diferentes ideas que se han tenido sobre los vicios y las virtudes humanas. Los textos se enfocan en Occidente, aunque deja completamente de lado a América Latina *per se*, y al Oriente y al África subsahariana sólo los toca marginalmente.

War. An Enquiry, como su título lo deja ver, analiza un tema político fundamental para los habitantes del presente mundo globalizado, interconectado a plenitud: la guerra, cuyo estudio significa comprender nuestra

propia supervivencia. Grayling examina la guerra desde su aparición en la “prehistoria” hasta nuestros días; se trata de una perspectiva de gran calado, pero que dista de ofrecer, sin embargo, esa profundidad y argumentación que encontramos en otras producciones contemporáneas de historiadores y filósofos que han estudiado la violencia humana dentro de la historia global, como Eric Hobsbawm, Donald Kagan, Victor Davis Hanson, los cuales, entre otras virtudes, también han aplicado plenamente sus observaciones a la América Latina y precolombina.

El libro se divide en tres partes. La primera parte, “War in history and theory”, consiste en un recuento diacrónico de la guerra. Se comienza con la relación de la guerra en los imperios Acadio, Babilonio y Egiptio. Se habla de la importancia militar que tuvieron durante cientos de años el arco compuesto y el carro de guerra. Esta parte no parece estar vinculada con ningún otro tema (“histórico” o “filosófico”) dentro del texto, y quizá sólo ayude a

enfaticar la obvia importancia que ha tenido la tecnología en la guerra desde la Antigüedad hasta la época actual, en donde aquélla está a punto de cambiar tanto el mismo concepto de la guerra como la forma en que se lleva a cabo. Para el autor, las nuevas tecnologías bélicas representan un peligro aún mayor para los individuos —punto que también es obviamente cierto para cualquier otra época histórica.

Grayling provee breves recuentos sobre los vicios y las virtudes de diversos ejércitos, y de sus líderes, como los de los macedonios dirigidos por Alejandro Magno, los de los romanos y cartagineses durante la Segunda Guerra Púnica, los de los árabes en su primera expansión islámica, los de los cruzados, los de los mongoles de Gengis Kan, Ogodei Kan y Kubilai Kan, los de los timúridas de Tamerlán, entre otros. La brevedad y claridad con que el autor narra los tipos de guerra que han existido en la historia son elogiables, pero tal vez se extraña el uso de fuentes primarias. Grayling recurre sobre todo a fuentes

secundarias y terciarias, y en especial a dos obras: *A History of Warfare*, de John Keegan, y *Primitive War*, de Harry Holbert Turney-High. Para las campañas de Alejandro Magno y de los romanos, se basa, respectivamente, en la *Vida de Alejandro*, de Plutarco, y en la *Guerra de las Galias*, de Julio César, pero no están obras indispensables como la *Anábasis de Alejandro Magno*, de Flavio Arriano, ni las *Historias* de Polibio o la *Historia de Roma* de Tito Livio y los *Anales* de Tácito.

En cuanto a la historia de la guerra medieval, la ausencia de fuentes primarias es aún más marcada. Esta falta de revisión documental es lo que lleva al autor a afirmar erróneamente, por ejemplo, que Agustín de Hipona fue el creador del término de *guerra justa* (“He originated the phrase ‘just war’ itself in *The City of God*”, p. 191), cuando en realidad fue Marco Tulio Cicerón el primero, que se conozca, que utilizó el término de *ius bellum*: “Ex quo intellegi potest nullum *bellum esse iustum*, nisi quod aut rebus repetitis geratur aut denuntiatur ante sit et indictum”.¹

Uno de los grandes y encomiables objetivos de la segunda parte del libro,



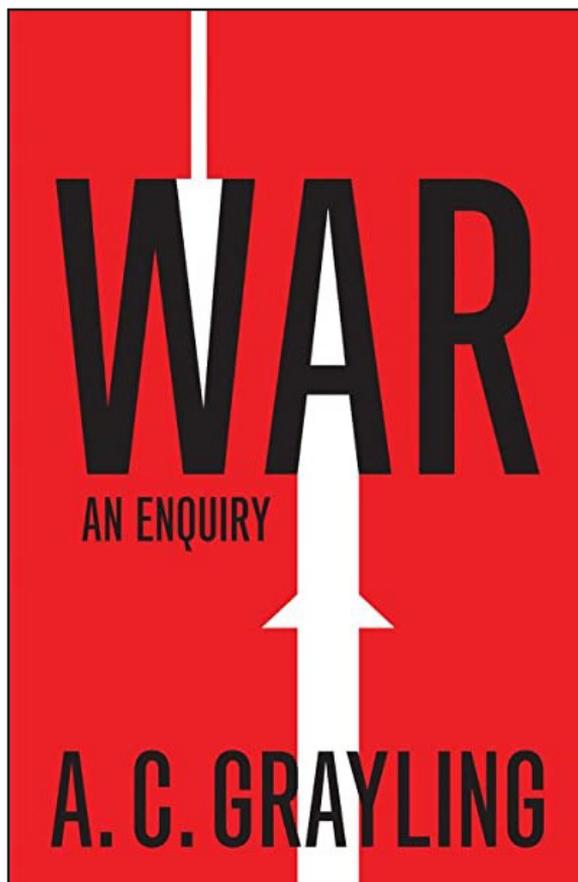
1 Marco Tulio Cicerón, *Acerca de los deberes* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009), 16, énfasis mío.

“The causes and effects of war”, consiste en refutar la idea de que el ser humano se encuentra genéticamente inclinado a la guerra, entendiendo ésta como una actividad que requiere de una organización social. Para Grayling, no existen suficientes pruebas materiales arqueológicas que establezcan de forma definitiva que el humano “prehistórico” practicaba la guerra; asimismo, no hay suficientes vestigios “prehistóricos” de muertes violentas entre los humanos.

War. An Enquiry enfrenta el problema que tiene cualquier libro cuyo propósito es dar cuenta de un asunto a lo largo de todo el devenir humano en muy pocas páginas. Son escasos los textos que lo han logrado, y en el campo político-militar encontramos, por un lado, de Victor David Hanson, *Matanza y cultura* (2006), donde se analizan con gran detalle las causas y consecuencias de batallas ocurridas en la antigüedad grecorromana, en el Occidente medieval, en la conquista española de América, en el Mediterráneo turco del siglo xvi, en el África del siglo xix, en la Segunda Guerra Mundial, en la Guerra de Vietnam. Y por otro lado encontramos *War and Peace and War* (2007), del científico social Peter Valentinovich Turchin, quien analiza la política, la sociedad, la economía y la guerra en la antigua Roma, en la Europa occidental medieval, así como en el Estados Unidos y la Rusia modernos de los siglos xvi al xx.

En comparación, el libro de Grayling pertenece, en términos generales, a las obras de historia global o total como: *Sapiens. A Brief History of Humankind* (2018), de Yuval Noah Harari, donde incluso se abarcan más temas que en *War. An Enquiry*, o como *The Silk Roads. A New History of the World* (2017), de Peter Frankopan, una obra repleta de fuentes primarias sobre la economía mundial y transnacional.

En su búsqueda de una vía para el pacifismo mundial, Grayling realiza unas justificadas críticas de índole moral contra distintos aspectos del pasado político: *a*) critica al nacionalismo y al romanticismo decimonónicos como causas e incentivadores de múltiples guerras desde el siglo XIX hasta nuestros días (p. 84); *b*) critica a Carl von Clausewitz, pese a que él mismo profesa cierto historicismo, por haber establecido las bases de la “guerra total” que tanto daño harían en el siglo XX (pp. 88-89), y *c*) critica a ciertos intelectuales que, en su pacifismo, sólo se quedan con teorías como las de Tomás de Aquino o Hugo Grocio, y no luchan por instaurar una paz auténtica (p. 214).



Estas críticas muestran cómo el autor va rápidamente de un aspecto a otro de la guerra, sin deshilarlos con detalle. Su propósito es noble: lograr que la humanidad, o que su público lector, se vaya decantando por las vías de la paz mediante la muestra cronológica de los horrores “históricos” de la guerra. Abunda así su texto en detalles truculentos como: las graves secuelas psicológicas de los soldados

que participaron en las guerras de los siglos xx y xxi (pp. 170-184); los millones de refugiados y desplazados (p. 170); la violencia sexual que implica la guerra, así como sus consecuencias (pp. 208-215). Este método de argumentación político-moral contra la guerra, a través de la exposición histórica de sus inmorales, me parece insuficiente en tanto que el humano muchas veces es consciente y conocedor de tales horrores —como los que los mexicanos enfrentamos a diario por causa de la lucha o “guerra” del Estado contra el narcotráfico, o de la lucha entre los propios cárteles: secuestros, violaciones, terror psicológico, extorsiones, amenazas, desapariciones, desmembramientos, etcétera—, pero poco o nada hace para eliminarlos. Es necesario un incentivo mayor que la realización de una “historia” de las masacres y las tropelías militares para evitar su repetición: en verdad podemos conocer la historia y, pese a ello, “repetirla”.

Grayling es un pensador que propugna el pacifismo, y en la tercera parte (“Ethics, Law and War”) de *War. An Enquiry* practica una de las herramientas que más se usan en favor de la eliminación de la guerra, a saber, la argumentación ética y politológica. Ésta se ha empleado para intentar convencer a los distintos gobiernos de que cultivar la guerra o invertir en ella es un suicidio estatal y mundial. El autor

provee excelentes argumentos en favor del pacifismo, como con su postura de “desinstitucionalizar” la guerra (pp. 232-233), lamentablemente, repito, no los desarrolla de forma “detallada y profunda”.

Grayling sostiene que la guerra sólo está justificada en dos casos: 1) cuando se realiza como “defensa” contra una agresión, 2) o para “defender” a aquellos que no pueden hacerlo por cuenta propia, sugiriendo que también hay que basarse en la justicia para decidir a quién defender y a quién no (p. 234). El primer caso es bastante entendible, pero el segundo es sumamente problemático: será criterio de los poderosos determinar qué es “justo”, a quién defender y de quién; por ejemplo, a excepción quizá de Rusia, hoy en día son pocos los Estados que defienden a una nación atacada por Estados Unidos. Aun más, el primero de los casos también puede ser problemático si uno profesa un pacifismo radical, pues entonces debemos negarnos a participar en una guerra, incluso si nuestro país o Estado es agredido.

Al comparar las propuestas de Grayling con las de otro especialista en el tema, como Michael Walzer, se tiene que éste establece que la guerra es “justa” en tres casos que es posible resumir así: *a*) cuando se lucha por la liberación nacional, *b*) o contra la intervención extranjera, *c*) o contra regímenes que

atentan *con exceso* contra los derechos humanos.² La causa 1) de Grayling para justificar una guerra es prácticamente la misma que la *b*) de Walzer, y la 2) abarca a la *c*) de Walzer, pero es más amplia y ambigua: pues el justificar una guerra para “defender” a otros no sólo significa defenderlos contra regímenes opresores que atenten contra los derechos humanos, sino también contra otros Estados que puedan ser más fuertes (requisito, según Grayling, para movilizarse a defender a una nación atacada), y se puede desconocer si tienen motivaciones “justificadas” o, incluso, moralmente “justas” para atacar a la nación “débil”. Circunstancia esta última que complica grandemente las decisiones para iniciar o no la susodicha guerra.

A Grayling también le faltó considerar el caso *a*) de Walzer de guerra justificada, sumamente importante, porque tal argumento es el que ha creado y motivado gran parte de la política internacional de los últimos doscientos años —si no es que toda—. Además, el no considerar como potencialmente justificables las guerras que se realizan para buscar la independencia, o la autonomía para ciertos grupos

humanos que deseen separarse de un Estado-nación, da cabida a aprobar una postura política proveniente del antiguo imperialismo estatal y cultural, en tanto que, por ejemplo, los Estados “multi-nacionales” podrían argumentar que las guerras que iniciasen las naciones o ciertos grupos étnicos en su interior son meras rebeliones, sediciones ilegales o movimientos belicosos sin sustento moral. Es decir, Grayling provee de argumentos para prevenir las guerras con el exterior, pero provee pocos para evitarlas internamente, un tipo de conflictos —sabemos— muy constantes y mortales en la historia.

Por otro lado, las causas no-racionales de la guerra, como el miedo, la envidia o la ira, pueden ser —y son— aún más “válidas” para los que van a guerrear que cualquier “justicia”, “libertad”, “independencia” o “derechos”. En su libro, Grayling no analiza estas causas emocionales y no-abstractas, sino que sólo ofrece un par de comentarios superficiales (p. 149).

Un punto que considero sobresaliente es que encuentro en *War. An Enquiry* un eco, no deliberado quizá, de la obra de Cicerón, el auténtico primer teórico de la “guerra justa”, según mencioné. Para Cicerón y Grayling, el primordial motivo para ir a la guerra es la defensa de la patria o el Estado. Pero Cicerón fue más sutil y agregó una causa más para la *ius bellum*: el resarcir un daño



2 Michael Walzer, *Just and Unjust Wars. A Moral Argument with Historical Illustrations* (Nueva York: Basic Books, 2015), 90.

sufrido.³ El haber perdido un territorio ante otro Estado, cualesquiera que fuesen las razones, significa en el fondo un agravio al honor del perjudicado: “pues, fuera de la causa de vengar[,] o de rechazar a los enemigos, ninguna guerra puede hacerse como justa [*bellum geri iustum*]”, asegura Cicerón.⁴

Debido a que muchas veces la mera narración/argumentación de índole historiográfica/filosófica es insuficiente para comprender la naturaleza de la guerra y de sus causas a través de la historia mundial, así como para sugerir cómo podría evitarse, es indispensable que los estudiosos recurran también, en la búsqueda de “pruebas” y de argumentos, a un análisis interdisciplinario del pasado que implique arqueología, química, psicología, demografía, sociología, etcétera. Pero tal análisis interdisciplinario también debe llevarse a cabo con hondura y perspicacia. El libro de Grayling está empedrado de buenas intenciones, las mejores que pueda haber

en tanto que la eliminación de la guerra, o su aminoramiento, es un objetivo noble. No obstante, el hecho de adolecer de buenos cimientos historiográficos, y pese a practicar una encomiable proto-interdisciplinaria, hace que se malogren los elevados objetivos de un texto que trata la historia bélica para eliminar el belicismo, como es el caso de *War. An Enquiry*.

FRANCISCO MIGUEL ORTIZ DELGADO
ORCID.ORG/0000-0003-1300-1275

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD CUAJIMALPA
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
fmiguelod@gmail.com

D.R. © Francisco Miguel Ortiz Delgado,
Ciudad de México, julio-diciembre, 2021.



3 Y de aquí se desprendería que todo irredentismo es justo, hasta el que ejercen las actuales China y Rusia; ergo, estaría plenamente justificada, por ejemplo, la invasión de esta última a Crimea (Ucrania) durante 2014, porque para los rusos Crimea “siempre” ha sido rusa.

4 Cicerón, *De la república* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010), 3, 35.